

LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELÉGRAFO,"

Omega, la calavera, mi amiga

Para J. A. Falco-
ni-Villagómez.

Omega, mi íntima confidente, tú conoces mi escritorio: cuatro metros cuadrados. Un gran parasol de la China, dragoneado de púrpura y oro, poblado de aves inverosímiles de Tsang-Tsang, protege la soledad poblada de mi estancia. Sostenida por alfileres, vive fija, inmóvil, sobre el verde mural, la humanidad mía, mi gran mundo íntimo, la humanidad de mi corazón. Retratos de mujeres, copias de palacios, de mármoles; estatuas, paisajes italianos, donde los pinos taciturnos evocan la fina Florencia, y los naranjeros, blancos de sol, cantan las canciones de Sorrento; mares indómitos, oleos, cromos, dibujos, aguafuertes, reyes, santos, diplomas, hojas secas de laureles, nobles, capiteles trunco, poetas, pintores; en un rincón la mascarilla de Beethoven durmiendo un sueño sereno e inefable con su corona de laurel; y la cara inquieta de la Dulce Amiga atisa en una fotografía, desde el ventanillo de un tren, todo lo que ocurre en la estancia silenciosa.

Sobre las mesitas, tú lo sabes, Omega: libros, libros... La Vulgata-Latina, vela a la cabecera. A su lado Kempis; entre ambos los Paisajes Tristes de Verlaine; y cartas jarrones, flores, porcelanas, carbonos, tarjetas, y en medio de todo, solemne y muda, tú, Omega, mi pequeña calavera, con tus cueneas en sombra. ¿Quién eres tú? ¿Quién eres tú? ¿Quién eres tú? ¿Cómo te conocí? Yo te traje una tarde desde el templo legendario de Pachacamac. Con paternal solicitud te cargué en mi brazo y tu monda cabeza brillante, anidó junto a mi pecho. Yo pensaba (será ésta la cabeza de un señor Inga? ¿Sobre esta desolada palidez se ajustó un día la mascapacha de púrpura? ¿Fue acaso ésta la cabeza solemne de un arabeu ameno y melancólico? Fue quizá un cansado peregrino de otras comarcas que vino a preguntar al Dios del Mar su destino cuando lo sorprendió la muerte? Nada supe de tí, Omega. Muchas leguas te cargué sobre el lomo de mi caballo, por la húmeda orilla marina, bajo el vuelo sereno de las aves blancas. No sospechaba yo que al sacarte de una legendaria necrópolis traía conmigo el espíritu de una Raza, y sobre tu cambiada cabeza, la voz sombría y tenebrosa de la Duda.

Después te he mirado. He leído tu sonrisa desdentada. He penetrado en la sombría oscuridad de tus cueneas inútiles y sobre mi escritorio te he hecho partícipe de mi vida. Me has sugerido cuentos trépidos; tú me contaste mientras dormía, las áureas leyendas de los Incaes que enorgullecen mi pluma experta y joven; tú me enseñaste a pensar; tú me guiaste por el obscuro laberinto de las interrogaciones insatisfechas; tú despertaste la inquietud en mi espíritu sereno; tú agitaste la borrasca de mi alma; sembraste en mi corazón la duda que me tortura la pregunta que me inquieta y la sed que me devora. Tus cueneas vacías me

enseñaron a pensar en lo insondable; tu nariz trunca dióme la noción del contraste; tu risa descarada y cínica me enseñó la despreocupación tus recias mandíbulas angulosas dieron fuerza y solidez a mis razonamientos; y la curva ilimitada de tu cráneo de marfil me indicó, perennemente, la otra curva, ilimitada y azul del firmamento. En tu sonrisa paradójica, hermética, displicente y pavorosa, ví, por primera vez, cara a cara lo Eterno.

Tú me enseñaste a pensar en la Vida y en el Infinito, en la Risa, en el Dolor y en la Tragedia. Tú, Omega, mi confidente, mi compañera inseparable, mi mundo, mi cielo, mi libro de filosofía. Tú, Omega, mi calavera de marfil, mi amada. Tú que eres todo para mí y a quien yo no conozco....

Abraham Valdelomar.

De Fuegos Fatuos.

Unión de las almas

El hombre, a semejanza del árbol, es más fuerte más recio y más frondoso cuanto más profundas tiene sus raíces en el terreno nativo. Mas es un hombre de su tiempo y más trasciende a lo futuro, cuanto más ahonda en las entrañas de su tierra, de su patria, de su historia, de su tradición. Pasan entre el vulgo por hombres nuevos, progresivos y creatores los jacobinos del arroyo, los charlatanes de la plazuela, los sofistas de la tribuna, los pregoneros del mitin.

¡Error, funestísimo error, miserable error! Esos, en la selva, humanos, son los parásitos viles, los bejuocos viciosos, las hojas marchitas, las ramas muertas, cuando no las serpientes venenosas.... El hombre grande, heroico, verdadero, es como la encina, que se asienta en la montaña y la perfora con sus raíces para sorber el jugo de los escondidos manantiales.

¡Ay de vosotros los que vivís en flor de surcos, sin alas para subir al cielo, ni bríos para cavar la tierra! No sin trabajo ni sudor se logra el pan del cuerpo y el pan del espíritu. Es menester hincar el hierro en duro terrón de las glebas para echar las simientes, y es preciso, también, batir la costra de los siglos para dar con las fuentes de la historia.

Es fuerza remover las ruinas, y levantarlas con amor, y abrir la tierra madre, y descender a los sepulcros, y escuchar sus voces inefables, y calar muy hondo en lo que fue, para aclarar lo que es y concebir lo que será.

No hay ciencia sin experiencia, ni patria sin tradición.

La tradición! Los bárbaros maldemos, aún más que los antiguos, la desdennan o escarnecen. Y aún se apellidan científicos! Qué se diría del sabio que desprecia las obras y experiencias de sus predecesores y limitara su labor al experimento propio, al hecho presente, a la prueba momentánea?

Ricardo León.

Un poeta muerto

El cable nos anuncia la muerte de uno de los tres grandes poetas de Francia contemporánea: Francis Jammes, corazón nobilísimo, lírico de hondos y sencillos acentos, a quien llamara el delicioso Guérin: "hijo de Virgilio".

Hondo y puro, matinal y pleno de infantiles ingenuidades, es natural, transparente, muy de su tierra, muy de su Tournay de sencillas tradiciones.

Su influencia en la Poesía actual es inmensa y decisiva: grandes lirios jóvenes han bebido en su claro

arroyo inspiraciones: Pérez de Ayala, Andrés González Blanco, de Amador, etc. el mismo Azorín.

Sus mejores obras (Mercure de France edit) son: Ma fille Bernadette (1909-1910) Le deuil des Primévères (1898-1910) Clairières dans le ciel (1902-1906) y Les Géorgiques Chrétiennes (1912). Nació en 1868.

Nació en la supera en gracia, ingenuidad y ternura.

Sin oscuridades a lo Mallarmé, sin satanismo cual Rollinat, sin falsos vicios, Jammes es un maestro que recomendamos a nuestros jóvenes.

LES PRIERES....

Las plegarias al cielo suben como las flores; cómo? nadie lo sabe; son algunas tuberosas y llenas de perfume, como las tuberosas; también las hay humildes, de miseros olores, como el alma de aromas de un jardín indigente; y el lirida las mira subir al Indulgente. Padre, que sabe cuánto pesa el oro y la plata. El de tglas las flores el mérito aguila en sus manos. El sólo, juez activo, entre el horror del mundo, los llantos y las penas, aprecia la humildad azul de las verbenas tanto como el orgullo de algún clavel altivo. Porque, igual a un marino, muy viejo, que tuviera corridos muchos días en muchos océanos, desde el cielo de nácar, donde impera, sobre lo inmensurable Dios extiende las manos, a cuantos le consagran sus dolores humanos en una joya como en una primavera!

(De Clairières dans le ciel, trad. inédita).

Francis JAMMES.

LAS GRANDES FIGURAS LITERARIAS



LEOPOLDO LUGONES

EPILOGO

No todo el mundo sabe que Leopoldo Lugones es tan admirable Profesor como gran poeta y exquisito prosista. Por ello nos complacemos en ofrecer a los lectores de EL TELEGRAFO el epílogo de su "Ensayo de una cosmogonía en diez lecciones", que está considerado como un texto ejemplar de literatura científica.

Y mi extraño interlocutor calló durante una hora cuyo silencio no me atreví a turbar.

Sobre nuestras cabezas palpitaba de astros la inmensidad transparente y obscura. Su antigüedad formada por el transcurso de todos los tiempos era, no obstante, ligera como un aroma; su profundidad estaba serena como un sueño en paz.

En el silencio de aquella noche, ante la cordillera ahí erguida como una presencia superior, tenía realmente la elevación de una idea. Estrellas y sombra, infinito y eternidad, componían para mi mente en comunión con ellos esa armonía del silencio que presta alas al éxtasis.

Pero semejante grandeza no me anonadaba. Era grata por el contrario a mi pequeñez, y experimentaba ante ella, como ante una madre, la dulce seguridad de un niño desnudo.

Los misterios enya exposición había oído, eran poca cosa ante aquel mucho más grande de todos los astros del firmamento; concentrando sus rayos en mi ojo humano, inconcebiblemente reducido ante el universo, y subordinado por la mísera élipa de mi cerebro al imperio de una ley; pues a través del frágil

crystal de mi ojo, el universo entero estaba en mí, y todos sus astros brillaban en mí como si yo hubiera sido el infinito.

Música de las esferas que el iniciado heleno concibió en su sistema: ¿qué necesidad tenía de oírte con mis orejas, si tu transporte comunicaba a mi ser la beatitud inefable? Espectáculo de la bóveda estrellada, siempre el mismo y nunca monótono para el humano en meditación: ¿qué mérito mayor podría atribuirse que el de consolar mis tristezas? Condición humana, dulcemente grata en tu pequeñez, puesto que a ella debes la dicha de adorar: vida del hombre, preciosa en su fugacidad de soplo, ya que esta misma te acerca a la inmortalidad; nunca como aquella no; comprendí vuestro destino, uno con el infinito y siendo el infinito mismo, a la manera del rayo solar que tamizado por el más pequeño poro, lleva no obstante a la pupila la sensación de todo el sol.

Mi interlocutor hizo un movimiento como si despertara y alzando su mano señaló el cielo del sur. Las nubes magallánicas rozaban el horizonte con sus lejanos tules, evocando recuerdos de navegación y de noches antiguas.

¡Dijo, dijo el sabio, aquellas manchas negras, sombra de la sombra, que la astronomía llama sacos de carbón, son sitios de futuros universos abismos de pensamiento eterno donde reposa la eterna vida.

¿Qué fueron, qué son, qué serán? Un silencio más hondo que la muerte, el silencio mismo del no ser, guardado ese secreto. Los rayos de todos los astros son impotentes para penetrar esa sombra cuya existencia es

tan real como la de la luz, puesto que se destaca sobre la otra sombra que en disminución de luz, siendo nieblas existentes por sí misma. ¿Cómo explica la ciencia la impenetrabilidad de esas sombras al rayo estelar? No lo explica. ¿Qué conjetura sobre su naturaleza? Nada conjetura. Ante esos abismos donde piensa la eternidad y no existe el tiempo; donde el sol más flamígero se apagaría como un candil en una cueva; donde el silencio mismo no existe, donde la extensión misma no es concebible—el pavor de lo absoluto paraliza aún al rayo de luz que la inmensidad no detiene.

Pero un día, cuando nuestro universo esté quizá disuelto en una nube tónica, el seno de esas tinieblas se estremecerá al impulso del rayo inicial, y los abismos estelares volverán a transformarse en soles. Quizá nosotros mismos seamos los animadores de esa vida, y así como ahora pensamos ideas, pensemos entonces espíritus vivientes.

Pero nuestras ideas son también espíritus, espíritus que aspiran a realizar, como los astros en el cielo y las flores sobre la tierra, no la sombra struggle for life de la ciencia, sino la divina struggle for light de los seres superiores.

La estatura parecía haber crecido hasta sobrepasar la vecina montaña; no era ya más que una larga molela contendiéndose con la vía láctea en el fondo del horizonte. Y fue esa ilusión de mi mente sobrecitada, o maravillosa realidad, es el ciego que sin darme cuenta del prodigio, estaba viendo, desde hacía un rato, emblanquecer su rostro entre las estrellas.

Leopoldo Lugones.

VELADA de INVIERNO

(Del libro La danza de las Horas)

A Gonzalo Zaldumbide.

Señora: Vuestros ojos azules tienen reminiscencias de lagos escoceses y vuestra carne blancuras de ortos boreales. Apoyada en tan encantadores prestigios pedía al poeta venido de lejanos países en que reina el Sol, teja, para haceros más livianas las horas de estos días de Invierno, palabras líricas, ardientes y amorosas, como las niñas morenas, de ojos de brillantes negros, de su país, desfallecientes de inaprendida languidez.

Y él os dice deliciosas incoherencias, y tonterías adorables pensan-

do que vuestro esposo posee la más linda muñeca de carne que viste Worths y alhaja Laliqne y la más encantadora golosina que puede hacerse disfrutar sus trescientos mil francos de renta.

Señora: ved qué bellamente cae la nieve en una blanca lluvia de pétalos de magnolias!....

Ved: la nieve cae como siguiendo el ritmo de una melodía inescuchada: ¡llueve, acaso, estrellas o es que el cisne estelar saude armoniosamente las alas y caen sus plumas a la tierra, en una lluvia de rosas candidas?....

¡Ah! sobre la seda azul floridísima de vuestra robe de chambre han caído un par de copos, dos gemelos

lirios.... No! perdonadme! no lo había pensado: son vuestras manos tan blancas, o, acaso, más que los copos de nieve.

¿Qué bien reposa mi fatiga de poeta ni cherniego en el diván rojo, profundo como tumba, según decir de nuestro admirable floricultor de rosas malas; y cómo el fresco perfume de vuestro cuerpo llena el boudoir, que más parece una bombonera grande; y cómo se reflejan en vuestras pupilas, cual víboras rojas, las llamas alegres de la chimenea!....

Señora: ved qué bellamente cae la nieve en una blanca lluvia de pétalos de magnolias!

Me decís que os disgusta el retrato que acaba de haceros La Gán-

dara y donde el artista de las elegancias frívolas os pinta, con la actitud de una contemplativa marquesa finisecular, en veste de oro pálido, y donde estáis del todo comparable a una figura diseñada, en cristalino verso, por Albert Samrain?... Mi opinión es la vuestra, señora mía. Yo pienso que vuestro pintor sería el celeste Boticelli o el beato Angélico: tan divinas son vuestras gracias humanas! y que, en vez de la corona de brillantes que os ciñe la frente ebúrnea, confundiendo el oro mate de su engarce con el oro solar de vuestra cabellera, os sentaría mejor el dáfnico halo que circunda los rostros de las vírgenes de los pintores del quattro cento....

Señora: ved cómo cae la nieve en un arbitrario aguacero de espuma....

Bien decís vuestro sexo al pedirme, curiosa, que os diga mi leyenda. Me aseguraréis que al descender de vuestro rojo Mercedes, aquella tarde parisina color de rosa ajada, frente a vuestro modesto de la rue de la Paix os atrajo el abeniz de mi melena y mi cabeza de príncipe hódido que os recordaba un vaciado en bronce de Typo-Sahib adolescente? Me inclino ante la gracia de vuestro corazón fervoroso, anhelante de cosas raras; mas, habréis de saber, que en mi tierra llameante, bajo sublimes cielos constelados, fatigan al aire los potentes alas de las águilas próceras y los cóndores libérrimos; y admiraros de que ponga mis fuertes plumones de joven aguilucho como escabel de vuestros pies ingrátidos.

Señora: vos no habéis visto, fuera del Jardín de Plantas, la felpuda veste de oro y negro de las femeniles panteras y los tigres llenos de una elegante flexibilidad y las serpientes—¿verdad que me perdonaréis?—tan voluptuosas, mórbidas y contráctiles como vuestros bellos brazos desnudos. Recuerdo que una noche, en la ópera (óíamos Tristán e Isolde) casi desfallecisteis al aspirar una esencia extraída de una flor americana, que os ofreciera, en un frasco de primorosa talladura, Lord Murray, aquel esteta y gran señor curriño tipo de gentleman artista, ávido de rarezas, que recitaba divinamente a Wilde y vivía un poema satánico de Algernon Charles Swinburne.

Pensad, señora, que mucho más huelen las noches de mis selvas, cuando se ve, con asombro relampaguear en la olorosa tiniebla nocturna, los fanales de los cecuyos e insectos luminosos chispear en la sombra como si se desgranaran piedras preciosas de invisibles collares, desde las altas cúpulas de los tamarindos. En el sopor de la siesta es un áureo espejismo: los ojos, fatigados de luz, creen percibir, como una ondulación luminosa, el temblar dorado del aire, asemejable a un diáfano velo de oro, que cubre, transparentemente las cosas, en la radiante limpidez del mediodía.

Hay montañas estupendas, empen-

diadas de nieve y cascadas silábicas que tiembla el arco-iris; hay ríos musicales y legendarios, que se desprecian en tálamos de oro y palmeras que ahuecan los bohíos como enormes patillas verdes plumas y praderas de che esmeraldino, alcatifas para una bacanal moderna y silbadora de una desnuda danza de silvanos.

Las gentes de mi país hablan idioma lánguido, arrastrado consonantes, y como besando sílabas de tal manera que toda rosa charla es una doble empujidad. Hay un bello desprecio a vida y un morno fatalismo y divina inconsciencia en vivo y inquietud perdurable por no darnos a nosotros mismos.

Señora: ved qué bellamente cae la nieve en una blanca lluvia de pétalos de magnolia....

Recordáis aquella hermosa poeta ensañadora que modelaba con mágica mano, Elie Nadelman, y tantas veces admiramos juntos? Así, entrecerrados los ojos, bajo aleteo de seda de vuestros dedos, me evocáis la marabomba heza de Nadelman, en vuestra infancia juvenil de pensativa languidez. Os sonreís, adorable a incógnita?.... Me aseguraréis que de los vuestros deseos de oír mi leyenda?... Ah! señora: vos no ignoráis las heridas múltiples de mi corazón; vos ignoráis que si lírico jaro de mi alma una mano errante tó los ojos, como hacen con el do poeta lunar y nocturno para cantar mejor!

De mis aulentes bosques, de las olorosas espesuras, os traigo un mensaje de Primavera, la esteta Primavera de oro de mi tierra natal y—¿porqué no deciros—rojo ramillete de calinos bores. ¡Qué hermosamente, con esta amorosa sabiduría creis capaz de reír, oyéndome! Ya veis qué canana insistencia en decir cosas. Adios! Me vuelvo a mi sencilla hilar los capullos de seda de los sueños en poemas que giran en la hada—madrina la luna de mi mi viejo amigo el sol, si él por cierto a la estonda de la fiana y a las agrestes garras decoran, con su graciosa blanda de un prestigio hierático las rnas, encharcados de luz, en la rna nativa.

Señora: graniza horriblemente me entumeceré, en el bostezo romántico. ¡Qué glacial es de que batan las alas frías de las reas y qué hostil esta bruma, en cambio: qué naturalmente tector vuestro seno propio a desmayos amorosos!.... ¡Qué dora la tibia perfumada de vuestro marta cibéltina!

Señora, buenas noches!

Invierno 1916.

Medardo Angel Silva

ALMA

Para Medardo Angel Silva. (EL ALMA REBELDE EN SU CARCEL DE HUESOS)

¡Quiero abandonarte, cárcel maldita! ¡Acaso tengo que ver con tus putrifiedes, tu prólogo de sensualidades, tus capítulos de infamias y tu epílogo de gusanos? Pero.... ¿ignorante de mí?... Soy la cárcel misma. Soy de sangre y de nervios. ¿Quién pudo decirme que era espíritu? ¿Quién quiso decirme que era nada? ¡Lo pensé tantos siglos! —Pero hoy valgo más. Soy quitaesencia de lo material; quitaesencia de la luz, el calor, la electricidad; soy un rayo de sol quitaesenciado.

Cuando quiero volar, reflejo, y aún puedo sentir mi origen.

¡Almas hermanas, formaremos una

diadema luminosa, en que pueda so hasta el Infinito: "Hombres apagarán los débiles. Cada rayo sol y cada gota fecunda, han de responder en vigor. Ayer me rrogaron almas gemelas; risa me cho. ¿Por qué ríes siempre? ¿Por qué tienen las lágrimas que me duelen risa. No sé por qué lloro, sé que tiene lo imposible que me da esperanza. ¿Por qué desprecias? Y toda aquella carcajada que cristalizado en una Estigma de... Por eso creéis que río así.

—Y tu orgullo? me interrogas también....

—Humildad de las alturas. La tierra se baña en el polvo y la llama llamado humilde. Sed áreos y reinos juntos.

Juan Pablo Miró

NIZA

En la capilla azul era la misa blanca de incienso y de liturgia pobre, ¡qué ganas de reír tenías Niza! y el humo daba su acritud de cobras.

Lenta alzaba la hostia el cura sobre el fiel recojimiento de la misa, e iluminaba tu semblante, Niza, el Cristo aquel de la mirada pobre.

Al concluir el éxtasis devoto, ya no pudiste soportar el voto de seriedad, a que obligó la misa.

Y en el silencio de la compostura, cuando volvieste a bendecirte el cura sonó de pronto tu estridente risa....

¡Qué locura la tuya, dulce Niza....!

J. A. Falco-
ni-Villagómez